

## SECCIÓN ESPECIAL

# SEMBRAR FUTURO: LA MENTORÍA COMO LEGADO EN LA MEDICINA NEONATAL

## DISCURSO POR LA CEREMONIA DE DISTINCIÓN COMO MIEMBRO HONORARIO DE LA SOCIEDAD PERUANA DE PEDIATRÍA AL DR. ALFONSO PANTOJA NIEVA

8 de abril del 2025

*Alfonso Pantoja Nieva*

---

Médico Pediatra Neonatólogo, Saint Joseph Hospital, Denver, Colorado.  
Profesor de la escuela de medicina de la Universidad de Colorado.  
Miembro Honorario de la Sociedad Peruana de Pediatría.

Muy buenas noches, estimadas y estimados colegas:

Antes que nada, quiero expresar mi profunda gratitud por el honor de haber sido nombrado miembro honorario de la Sociedad Peruana de Pediatría. Es una alegría inmensa reencontrarme con ustedes, no solo como colega, sino como peruano que lleva a su país en el corazón, aunque haya desarrollado su carrera lejos de él.

Hoy deseo compartir algunas reflexiones sobre un tema que me apasiona profundamente: la mentoría en el cuidado neonatal. No hablo solo desde la teoría, sino desde la experiencia vivida, especialmente por haber tenido el privilegio de ser discípulo de quien muchos consideramos el "padre de la neonatología peruana", el Dr. Jacinto Hernández.

Tras más de cuatro décadas en unidades de cuidados intensivos neonatales, estoy convencido de que uno de los legados más valiosos que podemos dejar no se mide en publicaciones ni en conferencias, sino en las personas que ayudamos a formar.

¿Qué significa ser mentor?

El término proviene de La Odisea, donde Homero narra cómo Odiseo, al partir hacia la guerra de Troya, confía a su amigo Mentor el cuidado y la guía de su hijo Telémaco. Para mí, ser mentor tiene un significado muy sencillo y profundo: acompañar con propósito... y con el corazón.

Compartir historias: la herramienta más poderosa.

Permítanme ilustrar esto con dos historias.

La primera ocurrió en Tarma, una mañana de abril. En condiciones muy precarias, nació un bebé prematuro, ocho semanas antes de lo esperado. Su madre, joven y en estado crítico, había sangrado abundantemente; el parto fue difícil, en presentación podálica. Mientras el médico luchaba por salvarla, alguien reanimó al bebé con dos palmadas improvisadas. El recién nacido sobrevivió gracias a la leche que su madre logró expresar, administrada por su abuela, Susana, con una gasa. La misma abuela improvisó una incubadora: una caja de zapatos, colocada cerca de la cocina a leña. Esa sabiduría sencilla, esa ternura, salvaron una vida.

La segunda historia ocurrió en Denver, a tres años de haber iniciado mi labor como neonatólogo. Atendimos a Peter, un prematuro gravemente enfermo. Era hijo de una audióloga y un terapeuta respiratorio del hospital. En esos años aún no disponíamos de surfactante, y nuestras opciones eran limitadas. Peter no mejoraba, pese al soporte máximo del ventilador. Sus padres, con admirable entereza, decidieron dejarlo partir en paz. Peter falleció en brazos de su madre, rodeado de amor y de todo nuestro equipo. Por muchos años, cada Navidad recibimos una tarjeta de agradecimiento. No nos agradecían la tecnología empleada, sino la humanidad con la que los acompañamos. Esa experiencia me marcó profundamente.

Porque la mentoría no se enseña solo en las aulas o conferencias; se vive en los momentos humanos, en los silencios compartidos, en las decisiones difíciles.

Caminar sin mapa... también es formar.

Cuando era joven, imaginaba un camino lineal: residencia, fellowship, publicaciones, liderazgo académico. Pero, como todos sabemos, Dios suele tener otros planes.

Tuve la dicha de casarme con Elfy, mi amiga de la infancia, quien dejó su hogar, su profesión y su patria para apoyarme en esta aventura de aprender una nueva rama de la medicina: la neonatología. En el trayecto, fuimos bendecidos con tres hijos... y ahora, dos nietos. Todo ello —la familia, las migraciones, las pérdidas y las alegrías— moldeó profundamente mi forma de ser como médico y como persona. Por eso, al acompañar a jóvenes médicos, les recuerdo que no todo se aprende en los libros o en los congresos. La vida también enseña, y mucho.

La UCIN: una escuela de humanidad.

La unidad de cuidados intensivos neonatales es un escenario de emociones intensas: angustia, esperanza, incertidumbre, gratitud. Cada alta médica, cada bebé que vuelve a casa sin complicaciones, cada familia que se siente vista y escuchada... son regalos.

Hace poco, mi esposa y yo asistimos al cumpleaños número 40 de Callie, una expaciente nacida a las 25 semanas de gestación, en el límite de la viabilidad de entonces. A pesar de las múltiples secuelas asociadas a la prematuridad extrema, Callie irradia una alegría de vivir contagiosa. Esos momentos valen oro. Y son también oportunidades para mostrar a los más jóvenes que ser neonatólogo no es solo aplicar protocolos, sino estar verdaderamente presente... con el corazón abierto. Ser mentor es abrir caminos, no trazar rutas.

A menudo les digo a los médicos en formación —sobre todo a los más jóvenes— que mi rol no es formar réplicas de mí, sino ayudarles a descubrir quiénes son, o quiénes pueden llegar a ser, como profesionales de la salud.

A veces les hago preguntas simples como: “¿Qué parte de tu trabajo te hace sentir que todo el esfuerzo ha valido la pena?” o “¿Cómo te gustaría ser recordado?”. Son preguntas que abren puertas. Porque la mentoría no es un molde; es una invitación a crecer.

A modo de cierre.

Hoy, como neonatólogo jubilado —y, en cierto modo, reinventado— puedo decir que la mentoría me ha dado más de lo que alguna vez imaginé. Me ha permitido crecer, sanar, cuestionarme y, sobre todo, sentir gratitud por dejar una semilla en quienes vienen detrás.

Mi deseo —y mi invitación— es que más profesionales de la salud en el Perú, y en todo el mundo, encuentren en la mentoría una forma de trascender, de construir comunidad, y de preservar algo que a veces se pierde en medio de la rutina y la tecnología: el alma de la medicina.

Muchas gracias, de corazón, por este honor.